

## In Memoriam

---

### Recordando a D. Ernesto Sánchez Villares en el vigésimo aniversario de su fallecimiento

H. GONZÁLEZ GARCÍA, J.M. MARUGÁN DE MIGUELSANZ, M.J. MARTÍNEZ SOPENA, FJ. ÁLVAREZ GUIASOLA

*Servicio de Pediatría. Hospital Clínico Universitario de Valladolid. Facultad de Medicina, Universidad de Valladolid.*

*“Me iré. Vosotros y yo lo sabemos, pero disimulamos.  
Entre tanto, bueno es recordar. Recordar es vivir”  
(Don Ernesto, en Santander, en el Memorial Guillermo  
Arce, poco antes de su muerte)*

Para las generaciones de pediatras que tenemos en común el sentimiento de pertenecer a “la Escuela” que concibió D. Ernesto, nos gusta recordarle en la faceta de *Maestro*. Y es que la cualidad de *Maestro* no es un título que se obtenga por oposición, tampoco un reconocimiento oficial por una trayectoria profesional. Como otras cualidades intangibles, no es fácil definir; sin embargo, es muy fácil reconocer a un *Maestro*, basta con oír hablar de él a sus discípulos. Decía Gregorio Marañón: “...el maestro solo puede ser elegido entre aquellos que tengan probada con un largo sacrificio de dedicación al saber y al enseñar, la vocación de maestro. Los que tuvimos la suerte de estar al lado de maestros, que nos mostraron con su palabra y su ejemplo las normas del espíritu universitario, a medida que el tiempo pasa, echamos de ver en el callado pero perenne fructificar de la buena semilla todo lo que les debemos”. La entrega de D. Ernesto a sus discípulos mostrando su ejemplo, sembrando, para ver fructificar la semilla fue, sin duda, una de las características que le hicieron destacar con luz propia de la élite intelectual. Muestra de ello es una frase que le gustaba repetir y que expresa su relación con sus discípulos: “no hay mayor satisfacción para un Maestro que ver cómo sus discípulos le superan en conocimientos y logros profesionales. Ello solo es



*comparable al sentir del padre cuando contempla con orgullo cómo sus hijos alcanzan cotas sociales superiores a las suyas”.*

Recordamos los discípulos de “la Escuela” cómo la actividad diaria se iniciaba con las clases a los alumnos de Pregrado, en la que no pocas veces se ilustraba la explicación con el comentario y la exploración de algún enfermo. No buscaba D. Ernesto en sus clases la oratoria brillante, sino más bien procuraba abordar los problemas clínicos de forma esquemática, con escueta simplicidad, pero con imponderable agudeza, introduciendo de manera insensible las últimas teorías, los más recientes hallazgos o las discusiones planteadas con relación al tema a tratar. Y en un diálogo razonado en el

*Correspondencia:* Dr. Hermenegildo González García. Hospital Clínico de Valladolid. Servicio de Pediatría.  
C/ Ramón y Cajal, s/n. 47005 Valladolid  
Correo electrónico: hermeneg@gmail.com

© 2016 Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León  
Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Reconocimiento-No Comercial de Creative Commons (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/>), la cual permite su uso, distribución y reproducción por cualquier medio para fines no comerciales, siempre que se cite el trabajo original.

que participaban alumnos y postgraduados, iba resolviendo las dudas surgidas, de tal suerte que parecía que era él quien de nosotros aprendía. Era, pues, la antítesis del profesor anticuado, amanerado y apático, que reduce su misión al dictado de un programa, sin promover en sus alumnos el ansia de la curiosidad y de conocer las cosas que no están en los libros de texto. Para D. Ernesto, la responsabilidad del docente se hacía patente cuando cada primer día de curso se reflexiona sobre el hecho trascendental de que vamos a influir en la formación de alumnos que, con el pasar del tiempo, se convertirán en médicos generales, pediatras o personas que alcancen los más altos designios científicos y sociales.

El “*pase de visita*” constituía la actividad central de la jornada. A él asistían los pediatras responsables de la asistencia a los niños, los pediatras en formación y las enfermeras. D. Ernesto escuchaba la historia clínica y los acontecimientos acaecidos durante el día anterior, por boca del médico interno residente responsable, preguntando de forma precisa por los datos o aspectos que, a primera vista nos parecían irrelevantes, pero que *a posteriori* constituían, en muchas ocasiones, la clave del diagnóstico. Tras la exploración se establecía un coloquio y cambio de impresiones, en el que se vertían las enseñanzas del *Maestro* unidas a las sugerencias y preguntas de los discípulos, en una dinámica tal que traía como resultado el que sintiéramos ese entusiasmo que genera la oportunidad de aportar algo en el afán de aprender. De esta forma y de manera improvisada, se contrastaba su experiencia, que era vastísima, y nuestra ignorancia, y lo hacía de una forma tan sugestiva y tan humana, que nos era imposible diferenciar lo que era aportación suya de experiencias propias. Todo ello en un amor y respeto hacia los niños enfermos y sus familias, que se mostraban hipnotizados ante las maniobras exploratorias realizadas.

Las sesiones clínicas y los cursos –El Curso de Clínica Pediátrica– eran, para todos los participantes y oyentes, una experiencia inolvidable. El *Maestro* era, en sus comentarios e intervenciones, enérgico y crítico con los investigadores ya avezados, e indulgente y tolerante con los principiantes, dedicándoles, a estos últimos, palabras de ánimo que impulsaban hacia nuevos proyectos cada vez más ambiciosos. Él introducía el comentario oportuno, planteaba las preguntas clave en la discusión y siempre hacía gala de una gran capacidad de síntesis con una extraordinaria visión de la problemática clínica en su conjunto. Por estos foros pasaban cada año los mejores especialistas de la Pediatría española que nos permitía perfeccionar nuestra formación.

El profesor Sánchez Villares se encuentra entre ese grupo de científicos de la postguerra que, con gran dosis de interés y trabajo sin límites, forjaron el presente de nuestra inves-

tigación. A pesar del ambiente tan poco favorable, el profesor Sánchez Villares fue una de esas contadas y meritorias excepciones que contribuyeron en nuestro país al progreso científico, tanto por sus aportaciones personales como, sobre todo, por la influencia que tuvo en los jóvenes investigadores que se aglutinaron en torno a su personalidad y que forjaron, peldaño a peldaño y con gran esfuerzo, lo que la Escuela de Pediatría de Valladolid significó en la década de los 80. Así, en el Departamento, se estructuraron líneas competitivas de investigación en los campos de la Neonatología, Inmunología, Gastroenterología, Hematología, Cardiología, Neurología, Endocrinología, Alergia y Psiquiatría Pediátricas. Tal hecho contribuyó a la instauración de las especialidades pediátricas en España, base indudable del desarrollo científico de la Pediatría.

D. Ernesto se incorporó, en 1960, a la recién creada Sociedad Castellano-Leonesa de Pediatría. Con su impulso, carisma y perseverancia se aumentaron el número de reuniones anuales, reflejándose en una intensa actividad científica y se aglutinaron con la Sociedad Asturias y Cantabria. A D. Ernesto le debemos el nacimiento y desarrollo de nuestra sociedad regional de pediatras y de una revista pediátrica, el *Boletín de Pediatría*. Durante su mandato como presidente de la Asociación Española de Pediatría se desarrollaron las actuales sociedades de las especialidades pediátricas, siendo además Director de *Anales Españoles de Pediatría*, impulsando ambas instituciones y conduciéndolas hacia los lugares que ocupan en la actualidad. Todos recordamos su presencia en las reuniones científicas de nuestra sociedad y nacionales y los *Editoriales* en el *Boletín de Pediatría* y en otros foros, dejándonos auténticos ensayos doctrinales sobre la Pediatría (*La Medicina infantil y su problemática, Reflexiones en la frontera de medio siglo de Pediatría, Antecedentes de la educación pediátrica y situación actual e Importancia de las especialidades pediátricas en la evolución de la pediatría española de los últimos 50 años*). Es sorprendente releer estos escritos y darnos cuenta de otra de las cualidades del *Maestro*, su capacidad predictiva de los acontecimientos venideros, con precisión abrumadora. Él analizaba los antecedentes y, situado en la realidad social en la que vivió, fue capaz de prever el futuro de forma sorprendente. Valga como ejemplo lo que nos comentaba D. Ernesto hace cuarenta años: aseguraba que para el médico del futuro sería imprescindible el conocimiento del inglés, la informática y la genética.

En este momento histórico, al cumplirse veinte años de la ausencia de D. Ernesto, cuando está completándose el proceso de jubilación de la segunda generación de sus discípulos, es un buen momento de hacer recapitulación de los resultados en el tiempo de la herencia recibida.

La Escuela del Prof. Sánchez Villares sigue viva, manteniendo la misma filosofía de trabajo, docente e investigadora, con el niño como principal protagonista de la misma. Nuestra Sociedad regional, que él impulsó de manera decisiva, sigue cohesionada en torno a las tres comunidades autónomas que la componen, con la misma actividad científica y una gran participación de sus miembros en todas las actividades organizadas, especialmente cursos, becas y congresos, convirtiéndola en una de las sociedades regionales más pujantes de nuestro país. Además, sigue contando con su órgano de expresión tradicional, el *Boletín de Pediatría*, que ha sobrevivido a todos los avatares económicos y editoriales, manteniendo buena salud todavía este momento.

En relación con el Departamento que D. Ernesto dirigió en la Universidad y en el Hospital Clínico Universitario de Valladolid, merece algún comentario la evolución de los proyectos que él planeaba en otra época. Su propuesta de hospital Materno-Infantil para Castilla y León, malogrado por decisiones políticas de la época cuando ya estaba totalmente construido y dotado, pasaba por el deseo de una atención óptima a los niños enfermos de Valladolid, y de Castilla y León. Al menos una parte de ese proyecto ha podido llevarse a cabo posteriormente. La reciente creación de una Unidad de Cuidados Intensivos Pediátricos y Neonatales, y de una Sección de Cirugía Pediátrica hace ya seis años en el Hospital Clínico Universitario de Valladolid, culminó alguno de esos más que razonables proyectos a nivel local, y que se suman a otros servicios similares ya existentes en otras provincias de Castilla y León, como Salamanca, Burgos y finalmente León.

Por otra parte, D. Ernesto fue el gran impulsor en nuestro país de la creación de especialidades pediátricas, y de la fundación de las Sociedades que albergan a las mismas. En ese sentido, el paso del tiempo le ha dado la razón, con un completo desarrollo a nivel asistencial en hospitales de tercer nivel de las principales especialidades pediátricas, lógicamente en el seno siempre de Servicios de Pediatría y

atendidas por pediatras. Un buen ejemplo ha sido el mantenimiento de todas las subespecialidades existentes en su Servicio de Pediatría de Valladolid, y que ha superado el relevo generacional, manteniendo el mismo espíritu original. La reciente creación de la primera Área de Capacitación Específica pediátrica (ACE), Neonatología, incluida en el *Real Decreto 639/2014, de 25 de julio, sobre troncalidad*, que debe servir de ejemplo para el desarrollo de otras ACE pediátricas en breve plazo, ya con sus trámites muy avanzados en muchos casos, debería culminar este proceso de desarrollo de las especialidades pediátricas que casi él mismo puso en marcha hace ya más de cuatro décadas.

Por todo ello, cabe concluir que su obra sigue viva, que la escuela que creció bajo su influencia sigue manteniendo una excelente vitalidad y que la mayoría de sus proyectos sobre la Pediatría española y a nivel local y regional, van cumpliéndose como él los ideó, eso sí, en un tiempo más largo del que habría sido deseable en muchos casos.

D. Ernesto hizo mucho, pero lo importante no es solo lo que se hace, sino más bien cómo se hace, por eso hemos tratado de profundizar en los aspectos humanos del personaje, donde afloran las cualidades más preciosas de la personalidad y nos desvelan las claves del éxito y nos ayuda a comprender lo que *el maestro* significa en el sentido marañoniano de la concepción:

*“...el que posee la capacidad creadora de la ciencia para la que no se requieren recitales brillantes sino una obra de colaboración callada y eficaz con los colaboradores, que ejecutan las ideas que forman la doctrina del maestro y la actuación creadora de los discípulos.... No existe, pues, en lo humano gloria parecida a la de este tipo de maestros que se incorpora a la propia creación de sus discípulos, pues crea gran parte de su pensamiento al enseñar. Esta forma de generosidad sin límites del pensamiento es la expresión suprema del enseñar”.*